

EL FR

Número 294
Verano 2019
8 €

Rafael Borràs

el último editor



REMEDIOS PARA EL APOCALIPSIS

Por Oscar Caballero

En las novelas policíacas de Fred Vargas, la séptima –y ausente– premio Princesa de Asturias 2018, hay poca muerte. Pero a esta arqueo-zoóloga le gusta hacer sangre. Y quienes la hacen, como su mimado Cesare Battisti. Con *L'humanité en péril* (*La humanidad en peligro*, Flammarion) se da el gusto: «De aquí a 15 o 20 años la mitad de la humanidad reventará», proyecta. La ecología da para todo. Pero ya en 2006 la gripe aviaria la excitó: «La epidemia se propaga como un incendio en la pradera; es ineluctable».

Un lazo une este libro con las redes sociales e incluso con San Vicente Ferrer (1350-1419), patrón de Valencia, ángel del Apocalipsis porque predecía la inminente llegada del Anticristo –impuntual, lleva un retraso de seis siglitos–.

Vargas vende. Como todo aquel que desdén la razón fundamental de la ciencia, la duda, pero se apoya en datos supuestamente científicos para declarar que estamos perdidos. Justifica con «mi experiencia de investigadora» los tres meses que le bastaron para recopilar datos siniestros. El climatólogo Jean Jouzel la desautoriza:



Diane Brasseur, cuya 'Las fidelidades', publicada en España por Salamandra (2015), inauguró Allary Editions, celebra el lustre del primer lustro de su editor con una saga, 'La Partition'.

«Dice sustentar sus cifras en las de los informes del GIEC (Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático), pero no es cierto, los exagera».

Pero la siguen sus lectores. Y hasta políticos. Como el diputado europeo ecologista Yves Cochet: «Fred Vargas anuncia que el 75 por ciento de la población morirá en 2050», declaró sin ruborizarse a *Le Parisien*.

En 2004 y en doce días Vargas redactó su *La vérité sur Cesare Battisti*. Este año, detenido tras 37 de fugitivo, el escritor y militante comunista reconoció los cargos (cuatro asesinatos y 50 atracos) del juez italiano que Vargas negaba y haberse burlado «de quienes me ayudaron». Por ejemplo Vargas, quien a pesar de los pesares, tras la confesión de Battisti, erre que erre: «Clamé su inocencia no por convicción sino a partir de mis investigaciones científicas». Y para redondear: «Su confesión no modifica mis conclusiones». ¡Olé!

Peuplecratie (*Puebloocracia*; Gallimard), del francés Marc Lazar y el italiano Ilvo Diamanti, nace del seísmo del 4 de marzo de 2018: Italia, uno de los seis fundadores de la UE y la tercera economía de la región, se convirtió por las urnas al populismo. Los autores recuerdan que Rousseau anticipó el ninguneo del político. «El pueblo inglés yerra al creerse libre; lo es solo durante las elecciones de miembros al Parlamento: desde que son elegidos, el pueblo para ellos no es nada, un esclavo».

Relación con el sucesivo agotamiento de fórmulas electivas a ojos populistas: la democracia representativa deja paso al reclamo de otra, inmediata. «Sin suspensión ni proyección en el tiempo, sin mediación ni mediadores, sin canales ni procesos de consulta. Ni siquiera directos, como el referendo. La democracia inmediata no solo desaloja partidos e instancias tradicionales, también a los medios establecidos, reemplazados por la web, mito de un ágora digital».

Despotismo democratizado

En la misma editorial, otro «horizonte común desde América hasta el este de Europa: la dictadura de las identidades». *La dictature des identités* (Gallimard), cuadrículada en Despotismos, Determinismos, Heridas y Censuras, traza un mapa inquietante. Laurent Dubreuil, el autor, enseña en la Cornell University. O sea, en pleno «despotismo democratizado en el que el poder autoritario no está en manos del tirano, el partido, el Estado, sino en las de seres manufacturados, interconectados con deseos totalitarios. Una dictadura moralizadora que distribuye prebendas en función del meme, reemplaza el diálogo por el soliloquio quejica y la vociferación. Y censura lo inesperado: el arte, por ejemplo».

Botón de muestra, un caso de *apropiación cultural*, en 2015, en el Oberlin College de Ohio. Un estudiante de

La dictadura de las identidades que denuncia Laurent Dubreuil distribuye prebendas en función del meme, reemplaza el diálogo por la vociferación y censura el arte

primer año, vietnamita, ve anunciado en el refectorio un *bánh mi*. Pero no coincide con su recuerdo. Esto «no dará lugar a un debate sobre comida basura en restaurantes universitarios», señala Dubreuil. El tema es la incomodidad del estudiante vietnamita frente a esa «falta de autenticidad». Ridículo: *bánh mi*, por *pain de mie* (pan de miga, en francés), es un bocata colonial. Y no había paté en Vietnam antes de la ocupación francesa. Como la mayor parte de los platos tradicionales el *bánh mi* es el resultado de la composición y adaptación de culturas heterogéneas (¿qué sería del *pa amb tomaquet* catalán sin el tomate americano, de la tortilla de patatas sin papas?).

En Yale, una estudiante protesta: en Halloween alguien se disfrazó con ropa «típica de mi grupo étnico; tuve la sensación de que invadían mi casa». El decano le propone un debate. Ella, en llanto: «No quiero debatir, quiero contar mi sufrimiento». Para Dubreuil, «detrás del cómico involuntario de la princesita que exige ser oída, se anuncia un proyecto concreto: la identidad personal es el depósito de la identidad colectiva, cuya integridad es sagrada. Su vulnerabilidad, inmediata e inmensa, requiere protección formal y seguridad constante».

Una primera lista de identidades: «De raza, de etnia, de color de piel, de ciudadanía, de sexo, de género, de orientación sexual, de conformidad a la asignación sexual y el género, de clase, de edad, de capacidad física y/o mental». LGTB se alarga con QIA, *queers*, intersexuales y asexuales. Y sin hablar de religión, sobrevivientes (de un genocidio pero también de violación, cáncer), tendencia suicida, traumatizados, madre soltera, inmigrante, sin papeles, adoptado...

¿Y antisemita? Gallimard publica *Cahiers de prison* de Louis-Ferdinand Céline. Detenido durante un año en una prisión danesa pero provisto de cuadernos de 32 páginas, el autor del *Viaje al fin de la noche* los llena frenéticamente y —escribe el antólogo, Jean-Paul Louis— «opera una segunda revolución, narrativa y estilística».

Más personal, *Du côté de chez Céline*, en la pequeña editorial Porteparole, es una original inmersión en la personalidad del escritor maldito, su manera. El autor, el vasco Jean-Philippe de Garate, fue juez de niños, conferencista «de Chile a Islandia y en cruceros», periodista parlamentario. *Féerie pour une autre fois*, del Céline ya en Francia, pero alimentado precisamente por aquellas notas de prisión, es para Garate «el primer libro francés resueltamente moderno».

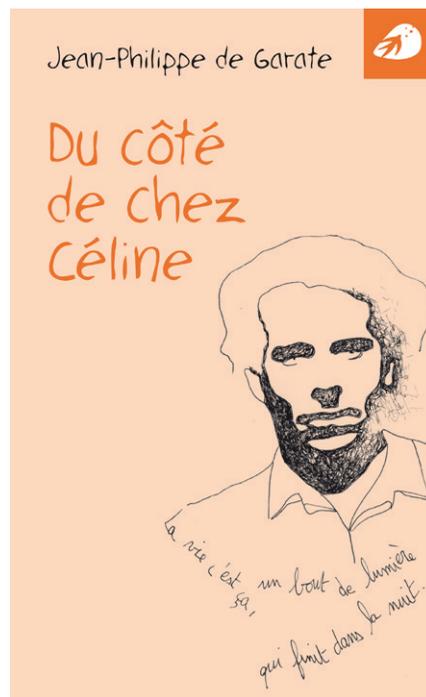
De Grecia al lago Lemán, de los 1920 a 1977, con el eje de Koula, una griega temperamental, Diane Brasseur, cuya *Les fidélités* —de la que se habló aquí y publicada en España por Salamandra— inauguró Allary Editions celebra el lustre del primer lustro de su editor con una saga, *La Partition (El reparto)*. Brasseur es script de cine, lo que tal vez explica su sentido del ritmo. También le ayudó ser nieta (la griega excesiva es su abuela); en cambio, «no soy madre ni música (piano y violín son personajes), pero el

cine me ha enseñado a construir un relato».

Cine también en *L'Île des enfants perdus* (la isla de los niños perdidos; Actes Sud), título inicial del filme que Marcel Carné y Jacques Prévert ruedan, en 1947, con casting de lujo: Arlety, Serge Reggiani, Martine Carol, la joven Anouk Aimée (espléndida en la foto de cubierta) y el mítico *manouche* (gitano) Django Reinhardt. Pero nadie verá jamás el filme inconcluso. Nadie hallará la más mínima se-

cuencia. Solo algunas fotos de plató. Nicolas Chaudun, biógrafo del barón Haussmann, editor de arte, emprendió una investigación en Belle-Île-en-Mer, escenario del filme —y de su tema: un motín, en 1934, en una ruda prisión de niños— que le llevó hasta las oscuras horas del cine francés en manos de los alemanes, bajo la Ocupación. Otra novela con ritmo de película.

«Nació el 11 de febrero de 1958. O sea, exactamente cien años después de la aparición de la virgen en Lourdes. Y a la misma hora». Lo explica el argentino Alejandro Roemmers, en la contra de *Le Figaro*. A los 8 años leyó *El Principito*, que le impresionó como a tantos (el mayor *best seller* de la literatura francesa) y tres décadas más tarde, «en tres semanas», escribió *El regreso del joven príncipe*, libro del que no vale la pena comentar nada porque «hizo bien a tres millones de lectores», según la faja de su edición francesa, la última por el momento de sus 30 traducciones. Tercera fortuna de Argentina según *Forbes*, propietario a sus 60 años del laboratorio farmacéutico que lleva su apellido, habrá que detectar en ambos datos el misterio de que el quisquilloso heredero de un Saint-Exupéry que (como Roemmers, por cierto) no tuvo descendencia, autorizara esta competencia. Autor de una comedia musical sobre San Francisco de Asís, Roemmers se dice también amigo de su compatriota —y papa— Francisco. En fin, muy millonario pero espiritua-



‘Du côté de chez Céline es una original inmersión en la personalidad del escritor maldito. Para su autor, Jean-Philippe de Garate, ‘Féerie pour une autre fois’ es ‘el primer libro francés resueltamente moderno’.

En sus 'Cahiers de prison' que ahora publica Gallimard, Céline opera, según el antólogo Jean-Paul Louis, «una segunda revolución narrativa y estilística»

lista, parece tener domesticado al camello para que le haga pasar por el ojo de la aguja. A menos que el zorro...

La guerra del arte

Es una mirada distinta sobre el mercado del arte contemporáneo. Y autorizada: Nathalie Obadia tiene galería de arte en París desde 1993. Y en Bruselas desde 2008. Representa a importantes artistas contemporáneos y participa en una decena de ferias internacionales. Diplomada en derecho internacional y europeo, enseña análisis del mercado de arte contemporáneo en Sciences Po, la facultad de Ciencias Políticas que forma élites. Con ese bagaje publica *Géopolitique de l'art contemporain* (Le Cavalier Bleu), subtítulo ¿Un cuestionamiento de la hegemonía norteamericana? «Marcador de potencia, el arte mide el grado de emancipación de un país su poder de atracción y su lugar en el mundo», explica. «Y es un útil de influencia cuyas manifestaciones, variadas, pueden ser el Louvre Abu Dabi, Art Basel en Miami o los tulipanes de Jeff Koons donados a París». Para Obadia, el arte es la continuación de la guerra por otros medios; «un arma persuasiva y eficaz cuando se activan los diferentes actores concernidos por

Al joven filósofo Lévy, que por cierto recorrió más platós de televisión en su vida que anfiteatros, le caía mal que Serres se burlara de los filósofos «que proclaman la posmodernidad cuando hace apenas un siglo que aprendimos, científicamente, que hubo una prehistoria». Y el Lévy rentista, que sin descuidar sus acciones en bolsa, herencia paterna, se hacía fotografiar en los frentes de guerra y es cómplice moral del desastre actual de Libia, ¿cómo podía encajar el repudio de Serres a la historia con balas?

MICHEL SERRES (1930-2019)

La filosofía en el taxi

Bernard-Henri Lévy, que ignora aquello de trabajar seriamente sin tomarse en serio, obsesionado como está por su efigie más que imagen, vivió muy mal la popularidad de Michel Serres, filósofo que llegó a serlo sin quedarse como casi todos en licenciado. Del físico George Gamow se decía que era capaz de explicarle la física cuántica a una tabernera, y no solo porque frecuentaba más barras que aulas. Serres, además, tuvo la rara virtud de envejecer bien. Con la certeza de que no es inteligente el pesimista –cualquier tonto sabe que al cabo está la muerte– sino quien, como él, comprende que a pesar del mal gusto de dejarnos en el camino, la vida sigue.

«El ángel explicador», lo despidió el semanario *Le Point*. *Liberation*, que a su muerte le consagró primera plana y cinco páginas, tituló «Tamaño natural». Y *Le Figaro*: «Poeta de las ciencias». Lévy prefirió recordar a un Serres severo, su examinador en octubre de 1979 en la Escuela Normal Superior. Ya entonces, con su *Historia de las ciencias*, Serres era referencia. También por su complicidad con Foucault. Su compromiso con la verdad absoluta. Y con la ciencia por encima de la opinión.

Lévy se declara perplejo: «Tal vez porque su apellido se lee como un palíndromo, Serres vivió su vida en los dos sentidos». O sea, del severo de los 70 al Serres siglo XXI, que se reivindicó gascón y agradeció a su padre, marinero de agua dulce, inocularle ese veneno: Serres sirvió en la marina mercante y estuvo en Suez en el momento álgido del canal. Es el Serres capaz de pasar del detalle del canto de un pájaro a Homero, Derrida o Althusser, el de la *Pulgarcita*, todo un *best seller*; el que le caía gordo a Lévy.

Fallecido a los 88 años, «en su cama, rodeado de sus seres queridos», según su editorial, Pommier, Serres, repartió sus 40 años de catedrático entre América y La Sorbona. Y no alunizó porque su amigo Hergé no le permitió acompañar a Tintín.

Entre otros, «el de las culturas diferentes. Como la historia comienza con la invención de la escritura, ignora los pueblos que no la inventaron, mas numerosos, aún hoy, que aquellos que la emplean».

Doctor en Letras, desde los 60 Serres repartió sus enseñanzas de filosofía entre los Estados Unidos (de la John Hopkins de Baltimore a Stanford) y La Sorbona, donde además enseñaba historia de las ciencias. Académico desde 1984, el año siguiente su *Les cinq sens* (*Los cinco sentidos*) gana el respetado Médicis de ensayo.

El premio pone en órbita una bibliografía que desbordará los 80 títulos. Entre los traducidos, *Historia de las ciencias* (Cátedra), *¿En el amor somos como las bestias?* (Akal); *El paso del Noroeste* (V tomo de su quinteto *Hermès*, en Debate), *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio* (Pre-Textos) y *Pulgarcita* (Gedisa). Ese libro, en el que reivindica internet y a la nativa digital, la mutante que con sus pulgares accede a todo el conocimiento, vendió más de 270.000 ejemplares.

A Serres le molestaba ese pesimismo casi genético de sus compatriotas. Y que ignoraran «dos grandes progresos».

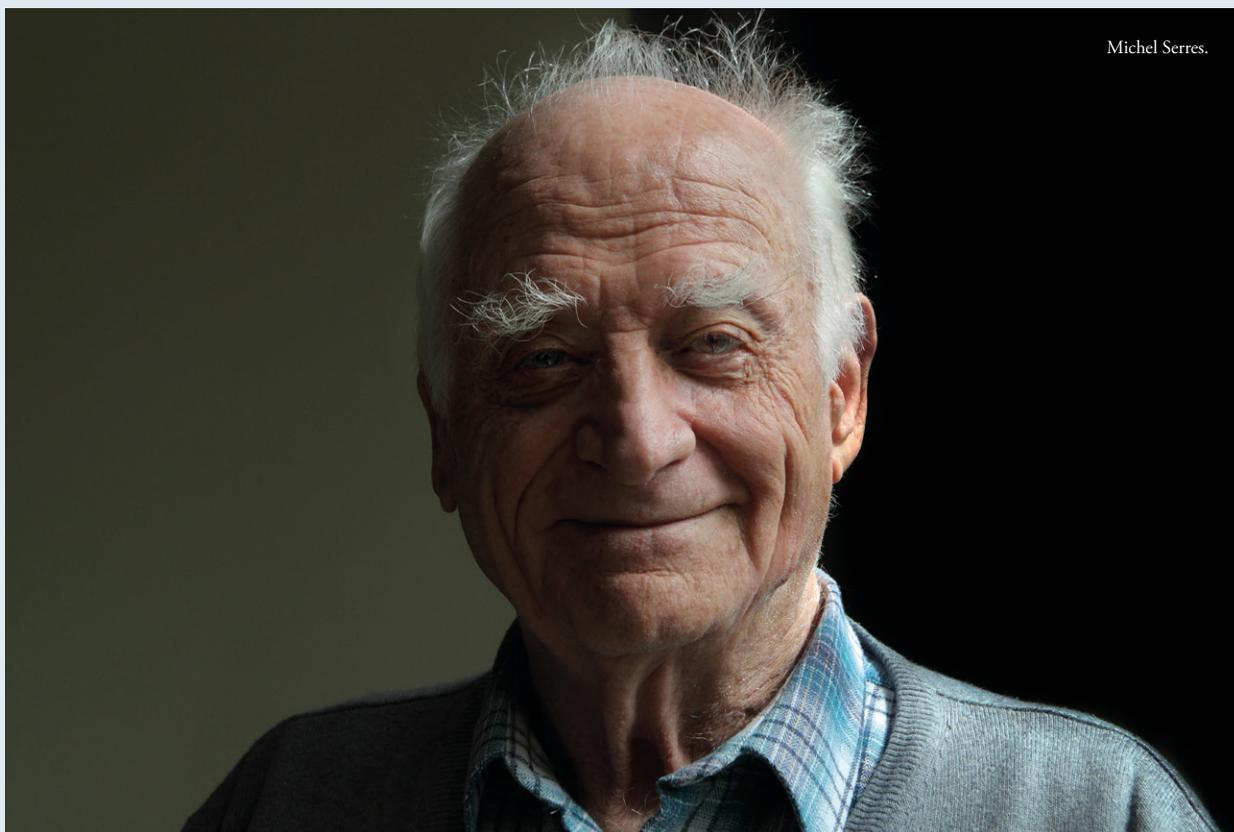
En su mirada distinta y autorizada sobre el mercado de la creación contemporánea, la galerista Nathalie Obadia señala el arte como marcador de potencia de un país

un proselitismo a la vez político y cultural». Si Estados Unidos rodó en su propio territorio una estrategia para imponer su arte como unidad de medida (con la complicidad de artistas, marchantes e intelectuales), los principales países europeos –Alemania, Francia, Reino Unido y en menor medida Italia y Suiza– se emanciparon.

En Occidente, sin embargo, Estados Unidos aún predomina. Pero con el siglo XXI, China y otras naciones asiáticas, pero también América Latina, y últimamente África, participan de un despertar de conciencias culturales, para que cada país proponga vías diferentes de las

europas y norteamericanas. Pero que China no haya conseguido imponerse como modelo para toda Asia prueba que ni el presupuesto de un país ni sus éxitos tecnológicos y culturales bastan para imponer un modelo cultural.

Constatación: el mercado del arte es tan sensible como cualquier otro. Y su electrocardiograma puede alterarse con datos como la censura en China o los países árabes, la posible devolución de obras de arte incautadas a los países africanos (o producto de botines de guerra) y los nuevos regímenes autoritarios (Brasil o Rusia) con su corolario nacionalista. ●



Michel Serres.

El de «la democracia; a mis 14 o 15 años nos gobernaban Franco, Mussolini, Hitler o Mao». Y el de la violencia: «la Segunda Guerra produjo 50 millones de muertos. No hay más guerras simétricas. Y las civiles, como la de Siria, se traducen en 350.000 muertos en 7 años. Los deploro, evidentemente, pero no tienen nada que ver con lo que conocí».

En fin, el mejor epitafio para Serres cabe en lo que contó un día en Radio France Info, en la que durante doce años, cada domingo, destiló sabiduría. «Subo a un taxi. Le digo mi destino al chófer y él, sin volverse, con acento senegalés, exclama: ¡Oh, mi profesor de filosofía de los domingos!».

A Serres le molestaba el pesimismo casi genético de sus compatriotas y que ignoraran dos grandes progresos recientes: la democracia y el ocaso de la violencia